

## **SECRETER**

### **CUARTA DE FORROS**

Travesía por paisajes interiores y terrestres, parábola del amor en plenitud y naufragio, estos prosemas nos conducen por senderos donde se escancian a diario dolor y éxtasis, sabiduría y perdición.

Un tenue, casi invisible hilo narrativo, trasunta un ámbito a la vez erótico y místico, cuyas circunstancias esbozan una Ella y un Él paradigmáticos, que transitan enlazados por el imán de una pasión irremediable.

El trayecto va desde las ciénagas donde a veces florece el sexo hasta lápidas y sagrarios profanados por el ímpetu de la perversión, desde las utopías de los sueños hasta los abismos del olvido, desde las luminosas vastedades planetarias hasta la penumbra en trance de los conventos, desde los bodegones especiosos hasta las abstracciones metafísicas.

Itinerancias, vagabundias, transfiguraciones, antiguallas, resacas, soliloquios, aguafuertes, salmos penitenciales que son en realidad cánticos celebratorios de la perra vida.

Eduardo Lucio Molina y Vedia

## **Secreter, taller de los milagros**

Al morir José Gortostiza varias mujeres de su familia tuvieron casi simultáneamente el mismo sueño: la puerta clausurada o entreabierta de una habitación mágica e inaccesible del poeta, donde se atesoraban indecibles maravillas, no se sabe si de naturaleza material o espiritual, quizá porque el universo de lo onírico omite o desdeñe tales categorías.

El escritorio plegable de mi abuelo filólogo, con sus cajoncitos, llaves y tarjeteros, fue el único mueble realmente misterioso de una casona llena de antigüedades. Secreter secretor de secretos, sagrario del íntimo intelecto, fue más que un mueble; sentarse ante él, jugar a ser su amo, era ingresar al ámbito de lo fascinante.

Nada cuesta entender que la trastienda de la poesía posea un suntuoso poder persuasivo, un aura más allá de las ideas, palabras y formas que entorpecen la vigilia. Recintos encantados, casilleros del ensueño, gavetas de fantasía, talleres del milagro donde se urde el enigma de la metáfora, esos subterráneos de la conciencia son capaces de las más altas iluminaciones.

En el escritorio o secreter, en el estudio que lo contiene, es donde nos atrevemos a simbolizarnos, a estar con nosotros mismos, a reflejarnos en el espejo de los destinos para remover y descubrir raíces que nos constituyen.

Es a esos tesoros ignotos, pero irresistibles, como las peores y más riesgosas tentaciones, adonde nos invita a asomarnos este nuevo libro de Iliana Godoy .

Abrirlo y transitarlo será una aventura de la emoción y el pensamiento. Equivaldrá a sentarse con ella a conversar con esos yo trashumantes, transgresores y ocultos que todos llevamos dentro, y que a menudo nos tocan el hombro desde atrás sin que les hagamos mucho caso, para decirnos que las cosas no son así sino de otro modo, que hay una existencia más verdadera que la realidad lata, lisa y llana de lo cotidiano.

Testimonio de vida vivida con cuerpo y alma hechos construcción y fluir de la palabra, como toda la obra de la autora, nos entrega momentos, estaciones de intensidad, capaces de inaugurar ventanas en el tiempo circular de los relojes.

Travesía por paisajes interiores y terrestres, parábola del amor en plenitud y naufragio, estos prosemas nos conducen por senderos donde se escancian a diario dolor y éxtasis, sabiduría y perdición.

Un tenue, casi invisible hilo narrativo, trasunta un ámbito a la vez erótico y místico, cuyas circunstancias esbozan una Ella y un Él paradigmáticos, que transitan enlazados por el imán de una pasión irremediable.

El trayecto va desde las ciénagas donde a veces florece el sexo hasta lápidas y sagrarios profanados por el ímpetu de la perversión, desde las utopías de los sueños hasta los abismos del olvido, desde las luminosas vastedades planetarias hasta la penumbra en trance de los conventos, desde los bodegones especiosos hasta las abstracciones metafísicas.

Itinerancias, vagabundias, transfiguraciones, antiguallas, resacas, soliloquios, aguafuertes, salmos penitenciales que son en realidad cánticos celebratorios de la perra vida.

Eduardo Lucio Molina y Vedia